

BOLIVAR PROVIDENCIAL

Desde la ardiente orilla
Que el Orinoco moja
Hasta la cima helada
Que el Potosí decora;
Entre los grandes círculos
De la fecunda zona
Donde el insulso liquen
A un paso en vid se torna,
Como el helecho frágil
Es ceiba a breves horas,
Do del condor las alas
Al sol ofrecen sombra;
En esas latitudes
De noches con auroras,
Que el resplandor ardiente
De los volcanes forjan,
Donde de mansas auras
Las tempestades brotan,
Do el rayo inútil hace
La luz de las antorchas,
Donde en torrentes, aguas
Pacíficas desbordan;
Allí donde natura
Gigante, portentosa,
Rompió incompleto el molde
De sus primeras obras,

Juntando opuestos climas
E incompatibles floras,
E hizo la nieve eterna
Que el sol sin fundir dora;
Allí seres humanos,
En esa inmensa zona,
Entraña de la América,
Viven vida de ilotas;
Allí do todo es grande,
Do todo al alma asombra:
Las selvas y llanuras,
Los ríos que en sus ondas
Llevan oro a riberas
Que son lechos de rosas,
Las sierpes insaciables
Que en giros mil se enroscan,
De un otro tiempo o mundo
Siluetas misteriosas;
Las islas disolventes
Que cocodrilos forman;
Apocalipsis viva
Es esa tierra toda,
Mas nadie la comprende,
Ninguno alcanzar logra
De nueva Pitonisa
Palabra animadora.
¿La Providencia acaso
No es una eterna lógica?
¿Los lagos no reflejan
Color de la azul bóveda,
Como el zafir de Muzo
La alada mariposa?
¿No tiene el halcón garra
Con que polluelos toma?
¿Para llevar bajeles

No tiende el mar sus olas? . . .
¿La americana tierra
Por qué, pues, aprisionan?
¿Por qué en tan rico espacio
La servidumbre llora?
—“Espérea, espérea, espérea!”
Dice una voz ignota.

Colón fue el primer padre,
Después del Sér Supremo,
De la creación excelsa
Donde es vulgar lo inmenso.
Buscaba nuevo oriente
Para el hispano cetro,
Buscaba las riquezas
Para mayor comercio;
Buscaba nuevos rumbos,
Más fértil movimiento,
Ensanche de horizontes,
Del orbe acaso el término,
La escala que veía
Jacob en sus ensueños. . . .
¡Oh! ¡Quién definir puede
Lo que persigue el genio,
Si el hombre que lo lleva
Tan sólo es instrumento,
Como el vapor que empuja
Naves a extraños puertos,
Cual del molino el aspa
Movida por el viento,
Como el imán que indica
Seguros derroteros,
Cual las pasiones mismas
Que agitan nuestro pecho;
Y no sólo los grandes

Hermosos sentimientos,
Sino hasta los que apenas
Se ven por lo pequeños!
¡Oh! ¡Todo es secundario,
Causa inferior, o medio
De una intención suprema
Do emanan los efectos!
Colón sintió en su alma
El invencible fuego;
Su abnegación es grande,
Digna del mundo nuevo;
Para él no toma nada:
—Tan sólo el sufrimiento.
Su persistencia es savia
Caída de los cielos.
Así es como realiza
El gran descubrimiento.
Ni nombre pudo darle,
Qué más feliz fue Américo.
La libertad lo venga
Después, y no es misterio,
Porque Colombia existe
De ingratos a despecho,
Y colombianos somos,
Y siempre lo seremos.

¿Mas quién hizo a Colombia?
¿Quién rompe las cadenas
Y en vestes varoniles
Transforma las libreas?
Mostrar al mundo atónito
Desconocida tierra
Después de haber vencido
Tenaces resistencias,
Es inmortal hazaña

Que nadie apoca o niega;
Pero inspirar virtudes,
Dar vida a moral fuerza
Do la abyección por siglos
Constantemente impera,
Eso es sacar de arcilla
Almas humanas nuevas.
"Los Reyes no son amos,
La corona es quimera;
La autoridad, si es justa,
Es digna de obediencia;
Si no es justa, delinque
Quien sus actos respeta";
Tal es lo que a los pueblos
Que innovación no añhelan
Aun en triviales cosas,
Hay que enseñar, y enseña
El que fundó la Patria
Que es de Colón emblema.
¿Pero de dónde vino
Ese que pueblos crea?
—Vedlo! En el Monte Sacro
De Roma se prosterna,
Y allí en tierra de Curcios,
De Camilos, de Scévolas,
Donde Catón suicida
Es más que invicto César,
Donde a Tarquino vence
Matándose Lúcrecia;
Allí donde los Gracos
Nacieron de Cornelia;
Allí el adolescente
Mesías de la idea,
Endeble como el junco,
Mas con mirada excelsa

Donde auroras y aceros
Al par relampaguean;
—Fanal que resplandece
Sin otro gas o esencia
Que inagotable el óleo
Del numen que lo incendia;
Moisés, que el Chimborazo,
Donde imprimió su estela,
Entre truenos y llamas
Después glorioso muestra;
Allí en el Monte Sacro
Juró la independencia
De los cautivos pueblos,
Y al despotismo guerra,
Desde la ardiente orilla
Que el Orinoco riega
Hasta el soberbio campo
Donde Ayacucho humea.
¿Su nombre?—Era ignorado,
Aunque como Atlas lleva
La libertad de un mundo
Sentada en su cabeza.
Nació cien años hace;
Y ¿quién no lo recuerda?
El junco creció encima,
Sus flores son estrellas,
Sus ramas son naciones,
Y como el Rey Profeta,
El colosal vestiglo
Bolívar pone en tierra.
Moviése como giran
Radiantes los planetas
Sin más posible impulso
Que el de la Providencia.
El plomo y los aceros

A herirlo no se acercan;
La fe no le abandona,
Jamás él desespera;
Desastres y victorias
Impávido lo encuentran;
El porvenir es suyo,
Porque lo ve o lo crea.
Como inspirado apóstol,
Calvario hallan sus huellas,
Donde el perdón pronuncia
Que colma su grandeza.

¡Bolívar! en mi arpa
No hay aceradas cuerdas
Al temple de las notas
De tu inmortal poema;
Mi canto es un sílaba
De admiración apenas;
Tu vida es una Iliada
Que pide trompa homérica!

RAFAEL NUÑEZ

Cartagena, 1883.

BOLIVAR

EN EL RETRATO DEL SEÑOR A. URDANETA

Es de mediana estatura,
El cuerpo enjuto de carnes,
Los ojos negros y hundidos,
La mirada centelleante.

Alta la frente y surcada
Por hondas arrugas grandes;
Los pómulos levantados,
La cutis morena y suave.

No usa barba;—los cabellos
Sobre las sienas se abaten;
Eran negros y rizados,
Hoy son escasos y caen.

Arqueadas y espesas cejas
Velan la luz penetrante
Que despiden sus pupilas
Y que fascina y atrae.

La boca grande—imperfecta;
De voz desigual—ya grave,
Ya aguda—instrumento débil
A sus tumultuosas frases.

Cruzados los brazos tiene
Con ademán arrogante;
Hundido el pecho; las manos
Y los pies esculturales.

Usa sencillo uniforme,
Sin bordados ni alamares;
Y sólo el busto de Wáshington
Al cuello pendiente trae.

Charreteras españolas
Desde los hombros le caen;
Y lleva ceñido al cinto,
No una espada, sino un sable.

Altas botas casi ocultan
Sus rojos calzones de ante;
Y finas espuelas de oro
De los tacones le salen.

Así has pintado a aquel hombre
De nuestra raza el más grande:
Y tu nombre haces eterno
Unido a su excelsa imagen.

TEODORO VALENZUELA

¿POR QUE VENCIMOS?

1810

Un mundo sueña Colón ;
Y agobiado con su idea
Peregrinando golpea
En una y otra nación.

Mas con desprecio profundo
Su ofrenda se desechó ;
Y sólo España aceptó
Para su corona un mundo ;

Porque sólo ella encontrar
Puede, en medio de sus gentes,
Adalides prepotentes
Que lo sepan conquistar ;

Porque sólo en las mesnadas
Que cobijan sus pendones,
Hay Bastidas, y Pinzones,
Y Corteses, y Quesadas ;

Porque tiene España sólo
Compañeros de Javier,
Poderosos a extender
Nuestra fe de polo a polo.

Por esfuerzos soberanos
La conquista se alcanzó
Con tal gloria, que eclipsó
La de griegos y romanos.

Raza, lengua, leyes, culto,
A América con cariño
Dio España; y el mundo niño
En breve fue mundo adulto;

Y se quiso emancipar,
Y hubo lucha porfiada;
Y de *Bolívar* la espada
Logró rápida triunfar.

¿Por qué España ha sucumbido,
A pesar de su valor?
Porque aprendió el vencedor
Las lecciones del vencido;

Porque ella nos dio su lengua,
Su sangre, su grande historia;
Y es su gloria nuestra gloria,
Y su mengua es nuestra mengua.

Nutrió nuestro corazón,
No entre el fango de Epicuro,
Sino en el ambiente puro
De la santa Religión;

Y para que al orbe tánto
Asombren nuestros guerreros,
Les retempló los aceros
En las aguas de Lepanto.

Cuando Páez en la lid
Ostenta una y otra hazaña,
Exclama la madre España:
“En ese hay sangre del Cid.”

Cuando Ricaurte sereno
La vida en aras ofrece
De la Patria, le parece
Nieto de Guzmán el Bueno.

Cuando Bolívar, el rayo
De la guerra, desnudó
Su ardiente espada, creyó
Ver el alma de Pelayo.

España nos dio su lengua,
Su sangre, su grande historia;
Y es su gloria nuestra gloria,
Y su mengua es nuestra mengua.

Y por fin llegará el día
En que enlazados estén
Carabobo con Bailén,
Ayacucho con Pavía.

RICARDO CARRASQUILLA

LA VISION DEL GENIO

1805

I

Es media noche.—Las horas
Resbalan sobre las ruinas,
Oscuras, mudas, fugaces
Como en las sombras perdidas. . . .

Duerme la ciudad.—Es Roma,
Aquella amazona altiva,
Que vio a sus carros triunfales
Grandezas regias uncidas.

Todo duerme, todo calla.
Sólo la nocturna brisa
Profana aquel gran silencio
Y entre las sombras suspira.

La luna toca al ocaso,
Arco de lumbre argentina,
Triste, como el de un cadáver
Entreabierto ojo sin vida. . . .

El cielo está azul, colgado
De sus lámparas divinas,
De soles sin fin, de mundos,
De mundos, mar infinita

II

Sobre un muro derruido,
Que cubre ruda maleza,
A un hombre ha tomado el sueño
Que un mundo entero le muestra.

Y el hombre, cual si la fiebre
Arder le hiciera las venas,
Soñando, ve de otros siglos
Cruzar las sombras egregias.

Es Bruto, aquel gran romano,
Que en la sangre de Lucrecia
Ahogó un trono, y de la Patria
Rompió la coyunda férrea.

Mario y los heroicos Gracos
Allí aparecen con César,
Sublimes *glorias del pueblo*,
Laureados en lumbre excelsa.

Marco Curcio allí se ofrece,
De la Patria hostia suprema;
Más grande que el gran Leonidas,
Y que el gran Codro de Atenas.

Y esas sombras vida tienen,
Mayor que la vida nuestra;
Vida de incontables siglos,
Sin fin, como Dios, inmensa. . . .

Y hablan al hombre dormido
Cosas raras, estupendas,
Que el noble pecho le arden,
Y el alma altiva le incendian.

Ve afanes, combates rudos,
Oye alaridos sin tregua
De un mundo, que a hacer pedazos
Va tres siglos de cadenas.

Y las sombras generosas
Le dicen—"Joven! Contémpla
De tantos siervos que lloran
Con su oprobio, sus miserias.

"Dios los hizo hombres y libres,
Cual hijos de su grandeza,
Y hoy parias, gimen sin Patria
Y todo de ti lo esperan!

"Levántate al punto y júra
Sobre estas ruinas excelsas
Ser de tu Patria el Mesías,
Y el redentor y el profeta.

"El rayo será tu espada,
Tu genio, de un dios la fuerza,
Tu voluntad, la victoria,
Tu vida, una gloria eterna!

"Después. . . . rotas para siempre,
De tu Patria las cadenas,
Creador de altivas naciones
Nacidas de tu alma bella;

"Inmortal como nosotros,
Más que los siglos que vuelan,
Tendrás un templo en las almas,
Y glorias de glorias llenas.

“Levántate! vé y consúma
Lo que el destino te ordena,
Y tu nombre, para siempre
Colmará el tiempo y la tierra.” . . .

III

Despertó el hombre, inspirado!
Era *Bolívar!* Se. postra,
Y jura salvar a un mundo
Con el mundo de su gloria.

Y todo está ya cumplido:
Las luchas y las victorias;
Castigados los tiranos,
Los siervos con Patria y honra. . . .

Y en la inmensa mar del tiempo
Do los siglos se amontonan,
Alza *Bolívar* la frente,
Que un mundo libre corona.

Y crece con las edades
Del héroe excelso la sombra;
Grandiosa como un océano,
Y más que un sol, luminosa!

M. M. MADIEDO

Bogotá, julio, 1883.

EL JURAMENTO

1805

Sobre las siete colinas
Que amoroso el Tíber baña,
Duerme una ciudad que el mundo
Vio prosternado a sus plantas:
Es Roma, cuna del arte;
Roma, que en mármoles guarda
Los recuerdos de sus glorias
Y las glorias de sus armas.

Como a faro luminoso,
Desde tierras apartadas,
A ella acude el peregrino
En pos de luz para el alma;
Y en medio de las ruínas
Que lasciva yedra enlaza,
Al evocar los recuerdos
De las edades pasadas
Sobre el polvo que testigo
Fue de homéricas hazañas,
Mira en polvo convertidas
Tántas grandezas humanas!

Era la tarde;—teñido
Con luces de ópalo y grana,
Ostentábase sereno
El cielo azul de la Italia;
Entre el mar Tirreno hundía
Su disco el sol; las campanas
Tañían con voz vibrante
La vespertina plegaria,
Y a los últimos reflejos
Que el monte Sacro doraban,
Un hombre, desde su cima,
En silencio contemplaba
La inmortal ciudad que duerme
Del Pincio en la agreste falda.

Su frente serena brilla,
Soñadora es su mirada,
Y en la negra cabellera
Aún no reluce la blanca
Nieve, que dejan los años
Cuando sobre el hombre pasan.
¿Por qué, pues, aquella tarde,
Y en la alegre edad temprana
En que doran nuestra vida
Las risueñas esperanzas,
Velaban sus negros ojos
Las melancólicas lágrimas?
¿Pensó, acaso, en las fugaces
Glorias que nacen y acaban,
Como la flor en los campos,
Como la espuma en las aguas?
¿En la Roma de los Césares
Que más tarde se humillaba
Del negro corcel de Atila
Bajo la férrea pisada,

O evocando en la memoria
Las dulces horas pasadas,
Despertó en ella el recuerdo
De las muertas esperanzas?
Nó! ... Roma, la imperial Roma,
Bien mereció su desgracia,
Y en propio dolor, el hombre
Sabe devorar sus lágrimas!
Pensó en la América ausente,
Pensó en la querida Patria
Que allende el mar proceloso,
Entre cadenas esclava,
Suspirar el viento hacía
De las vírgenes montañas.
Oyó su voz; vio su llanto,
Con esos ojos del alma
Que rápidos atraviesan
Los mares y las distancias,
Y alzando al cielo impasible
La entristecida mirada,
Libertad para su pueblo
Pidióle en muda plegaria.

El lucero vespertino
Brilló con su luz de plata,
Y posó su primer rayo
Sobre esa frente: en la falda
Del monte cayó la sombra
Cual trasparente mortaja,
Y la visión del futuro
Desplegó lucentes alas
Mostrándole el horizonte
Que el crepúsculo alumbraba.

Entonces, con vivo acento
Que recogieron las auras,
Y en los ecos fue a extinguirse
De las colinas sagradas,
Cediendo a la voz secreta
Que al corazón inspiraba,
En un delirio divino,
Juró libertar su Patria!

.
Cinco lustros han pasado.
Era una noche callada,
Y el vespertino lucero
Con pura luz alumbraba
Una tumba silenciosa
Del mar Caribe en las playas.
Un nombre brillaba en ella:
¡Bolívar! sobre él la Fama
Regaba eternos laureles,
Y en derredor, enlutadas,
Cinco Repúblicas huérfanas
Su Libertador lloraban!

CARLOS SAENZ E.

Junio, 1883.

COMO SE CUMPLE EL DEBER

1813

Orillas del mar Caribe,
A la sombra de mil palmas,
Se ostenta Puerto-Cabello
Como niña sevillana,
A quien el sol brinda flores
Y llevan risas las auras.

Las ondas allí suspiran
Al acercarse a sus plantas,
Que al llegar a sus lagunas
Pide venia la borrasca.

Un castillo la defiende
Y diez trincheras la guardan,
Y el Mirador de Solano
La protege, no amenaza.
En nombre de San Fernando
Fue la fortaleza alzada
Para proteger la niña
Del rigor de los piratas ;
Que aunque el honor de sus hijos
Fuera sobrado a guardarla,
No están por demás los bronces,

Opinaron los monarcas
Para precaver a aquellos
Que en la lucha de la Patria
Al rey ofrecen la vida,
Y a Dios ofrendan el alma.

Sucedió que por Agosto
De mil ochocientos trece
Llegaron en són de sitio
Las fuerzas independientes.
Eran tiempos de enseñanza,
Pero ¡ay! enseñanzas crueles:
Guerra de padres con hijos;
Tiempos de la guerra *a muerte*,
En que Boves y Morales,
Y Antoñanzas y Rosete
Sembraban gérmenes de odio;
Y Ortega, Urdaneta y Vélez,
Al comprar gloria con vida,
Hacen germinar laureles.
Con medios muy reducidos
Fue el sitio estrechado en breve
Por los tercios granadinos
Y con D'Elhúyar por Jefe.
El batallar era diario,
El *De profundis* perenne;
Pero ellos que más temían
El decampar que la muerte,
Como hijos dignos de aquellos
Que batallaban al frente,
Recogen teñida en sangre
La cosecha de laureles.

Eran fuerzas desiguales:
Las nuestras eran bisoñas,

Pero en sus venas hervía
La noble sangre española;
Sangre que conduce a empresas
Dignas de Grecia o de Roma,
Donde no cuenta la vida,
Y sólo cuenta la honra.

Tras una noche de tántas
En que asaltos eran bromas,
Tronó el cañón de los fuertes
Como saludo a la aurora.
Las brisas se despertaron,
Vuelo alzaron las gaviotas,
Y de las fuertes almenas
O las naves en las ondas,
Cambiaron civil saludo
Las banderas españolas
Y los tricolores lienzos
Izados en nuestras toldas.

Cerca al cuartel cuyos muros
Asilaba a los patriotas,
En pláticas inocentes
Y haciendo gratas memorias,
Se hallaban todos los Jefes,
Y a más Mantilla y Urriola,
Plaza, Uscátegui, Barriga,
París, Maza. . . . en fin, la ola
Que fue de Nueva Granada
A convertirse en buenhora
En agua lustral que hiciera
Surgir aquella Colombia
Nacida al beso amoroso
De Bolívar y la Gloria.

Arma al hombro y silencioso
 Del cuartel en la ancha puerta,
 Con aires de veterano
 Paseábase el centinela.
 Estaba meditabundo,
 Así como aquel que piensa
 En la ausencia de la Patria,
 O en una esperanza muerta.

A sus pies cayó una bomba
 ¡Que acaso deseada era!
 —Al suelo! gritó D'Elhúyar;
 Y al punto todos a tierra
 Se lanzan, quedando firmes
 El Jefe y el centinela.
 —Al suelo! repite el Jefe,
 Con voz de mando severa,
 Mas no lo ordenaba el cabo,
 Y la consigna es suprema;
 Y el soldado en recio tono
 Que cuartel y mar atruena,
 —Una granada en el puesto!
 Cabo—e guardia! si no llega!
 Y como el cabo tardase
 Y fuese ardiendo la mecha,
 Ante la muerte segura
 A que el Deber le sentencia,
 Golpeó la bomba con rabia,
 Y con voz de orgullo llena:
 —“A espaldas!”—dijo a la bomba;
 Y a la guardia gritó:—“alerta!”

¡ Viva la Patria! exclamaron
 Del mar en la playa inmensa;—

Viva *Bolívar*! los ecos
De los valles y las sierras.
Y entre el vítor de los héroes
Y el calor de la refriega,
De algún pedestal de ruinas,
Entre la parda humareda,
Se elevó tranquila al cielo
El alma del centinela !

JOSE MARIA QUIJANO OTERO

BARBULA

1813

¡Allí están! ¡Ved!—En la altura
De la elevada montaña,
Sobre las armas de España
El sol levante fulgura;
Y bate la brisa pura
El regio pendón que un día
Sobre el mundo se extendía,
Siendo el asombro y espanto
Del agareno en Lepanto,
Y del francés en Pavía.

¡Allí están! ¡Ved! --Lentamente
Van por las faldas marchando
Tres columnas ondulando
Cual gigantesca serpiente,
Y agita el ligero ambiente
Los altivos pabellones
Que a las hispanas legiones
Arrancaron la victoria
Sobre los campos de gloria
De Angostura y los Horcones.

Sube en el Oriente el sol,
Y al alumbrar la montaña
Los dos ejércitos baña
Con su primer arrebol.

En la cima el español,
Que sus ventajas advierte,
Tras de sus trincheras fuerte
Espera a que el otro avance,
Y esté de su arma al alcance
Para lanzarle la muerte.

Y el patriota lentamente,
Con el fusil en balanza,
Tranquilo, impasible, avanza
Por la escabrosa pendiente;
Pues cada soldado siente
Aquel ardor sin segundo,
Aquel anhelo profundo
Que en la ruda lid inflama
Al que su sangre derrama
Por la libertad de un mundo.

Se oye de pronto un rugido
Terrible, estridente, seco,
Que es mil veces por el eco
Del monte repercutido;
Como volcán encendido
El alto cerro aparece,
Y entre el humo que oscurece
Los resplandores del sol,
El pabellón español
Envuelto desaparece.

A torrentes la metralla
Lanza el cañón enemigo;
Los patriotas sin abrigo
Van en orden de batalla;
Y al vivo fuego que estalla
Sobre la alta serranía,
Sin contestar todavía,

Siguen redoblando el paso,
Pues si es su pertrecho escaso,
Es mucha su bizarría.

¡Y avanzan! Siempre adelante
Van esas huestes tranquilas;
Si un hueco se abre en las filas
Hay quien le llene al instante.
Mas de pronto vacilante
Una columna se pára
Como si se intimidara
Ante el fuego aterrador
Que sobre ella, en su furor,
El enemigo dispara.

El Jefe, que tal advierte,
Veloz como el rayo páрте,
Y el tricolor estandarte
Empuña con brazo fuerte,
Y a despecho de la muerte
Que en las filas se pasea,
Lanzándose a la pelea
Girardot valiente exclama
Agitando el oriflama
Que sobre su frente ondea:

--“¡Permíte, Dios poderoso,
“Que yo plante esta bandera
“Donde se mece altanera
“La del español odioso;
“Y yo moriré dichoso
“Si tal es tu voluntad!
“¡Compañeros, avanzad!
“Nos espera el enemigo;
“Venid a buscar conmigo
“La muerte o la libertad!”

Dice, y lleno de osadía
Hacia las trincheras páрте
Agitando el estandarte
Que es del ejército guía;
Todos siguen a porfía
Tras del audaz granadino,
Y cual fiero torbellino
Se lanzan a la batalla,
Sin que pueda la metralla
Tenerlos en su camino.

Avanzan con ira fiera
Sobre la enemiga tropa,
Apuntan y a quema-ropa
Dan la descarga primera;
Saltan sobre la trinchera,
Y llenos todos de saña
Allí, en confusión extraña,
Se ven luchar pecho a pecho
Los que invocan su derecho
Y los que invocan a España.

El humo de los cañones
Oscurece el limpio cielo
Que ya se asemeja a un velo
De desgarrados crespones;
Y de las detonaciones
Al espantoso rugido
Se mezcla el triste gemido
Que lanzan los moribundos,
Y los gritos iracundos
Del vencedor y el vencido.

Es la victoria segura,
Pero, ¿a que precio comprada?
Sobre el sol de esa jornada
Se extiende una nube oscura,

Pues del Bárbula en la altura
Por traidora bala muerto
El Jefe heroico y experto
Que asegura la victoria,
Cae en el campo de gloria
Por su bandera cubierto.

Bolívar, ese coloso
Que en la libertad se inspira,
Esa alma noble que admira
Todo lo que es generoso,
Llora al héroe valeroso;
Y los hijos de Granada
Piden la primer jornada
Para vengar como hermanos
Con sangre de los tiranos
Aquella sangre adorada.

Y *Girardot* fue vengado
Días después en trincheras;
Sobre las huestes iberas
Va D'Elhúyar denodado,
Y cual torrente lanzado
Desde elevada montaña,
Lleno de ardor y de saña
Se lanza con sus legiones
Y recoge, hecha jirones,
La altiva insignia de España.

EL SITIO DE CARTAGENA

1815

—¿Qué pasa? Los caseríos
De Santa Rosa y Turbaco,
De Ternera y de Santana
Ardiendo están! Sus ganados
Sacan al bosque los dueños,
Y de Triana el pueblo hidalgo
Pone fuego a sus hogares
Con indecible entusiasmo!
Don Antonio Villanueva
Sigue el ejemplo, y sus campos,
Que cultivó infatigable,
Vedle afanoso asolando!
¿Qué pasa? ¿Por qué se ciegan
Los caminos? Triste cuadro!
—Es que el pérfido Morillo
Saltó en Guayepo. No es raro
Que la heroica Cartagena,
A quien la lucha entre hermanos
Debilitó, de tal modo
Se esté a la lid aprestando. . . .
Escuchad! ya el estampido
Del cañón suena en Malambo.
En Galapa y Baranoa

A las hordas del tirano
 Un grupo de hombres inermes
 Trata de cerrar el paso;
 Y los hijos de Copila,
 Sin más armas que sus manos,
 A las fuerzas españolas
 Ya un trofeo arrebataron.
 No temáis! Son incontables
 De Morillo los soldados,
 Es furibundo su encono,
 Tienen el valor hispano
 Que nuestro espíritu anima;
 Pero jamás del esclavo
 Nos atarán las cadenas
 Que ayer hicimos pedazos!

.....

Corrieron muy pocos días,
 Y, dondequiera, el estrago
 Sembró en toda la provincia
 El enemigo, y ya al cabo
 De mil ataques sin fruto,
 En que lució el espartano
 Valor de nuestros abuelos,
 Doquier eran atacados.—
 En las sombras de la noche
 Dijo, débil y muy paso,
 Una voz: — “¡Oh! suerte dura
 La que nos espera! En vano
 Ha sido nuestro denuedo,
 Pues por más que hemos lidiado,
 Cada vez se acerca más
 El enemigo. Sus pasos
 Escucho, y al fin del hambre
 Los tristes horrores palpo.—
 ¡Cuánto me aflige la vuelta

De esos viles mercenarios!
¿De qué sirvió la firmeza
De nuestras damas? ¡Acaso
Contra nosotros el cielo
Se conjura! ¡El Oceano
Nunca, jamás vi en mi vida
Tan terriblemente airado,
Ni tempestades tan crudas
A la ciudad azotaron!
¡Qué espectáculo tan triste!
Doquier cadáveres hallo
O macilentos espectros:
Todo es miseria y espanto.—
¡Qué situación! Nada queda
Que comer. Canes, caballos,
Ratas y cocidas pieles
Todo acabó. . . . Sin embargo,
Es mejor perecer de hambre
Que ser de reyes vasallo!”
Quien tal decía era un guardia
Del castillo de San Lázaro,
Un joven que moribundo
Rodó al suelo a poco rato.
Tal cual él, en aquel sitio
Memorable, se portaron
Todos los que lo sufrieron:
Allí de su amante al lado
La bella cándida virgen
Expiró, sin que su labio
Pronunciase otra palabra
Que no fuese un himno patrio:
Allí la madre amorosa,
La viuda, el débil anciano,
Y hasta el inocente niño,
Fueron del héroe dechado. . . .

Ni cuatro meses de angustias
Ni los combates librados
Debilitar consiguieron
Tánta constancia, y el cuatro
De diciembre, ya perdida
Toda esperanza, acordaron
Los pocos sobrevivientes,
A ejemplo de los "foceanos,"
Dejar la ciudad; y todo
El que pudo se abrió paso,
Por entre el fuego enemigo.
El cinco, cuando clavados
Fueron los cañones. . . . ¡Triste
Es el triunfo así alcanzado!
Mil cadáveres y espectros
Sólo en la ciudad hallaron
De Morillo los secuaces;
Y, además. . . . en San Fernando,
Dos oficiales enfermos,
Y unos sesenta soldados,
Que el cuchillo de Morales
No respetó, y que expirando,
Un *viva* a la *Patria libre*
A la cara le lanzaron!

C. OBESO

NUPCIAS EN EL DESIERTO

1816

I

Ya no se oyen las cornetas
Ni el redoblar de las cajas,
Ni brillan de los que vienen
Las deslumbradoras armas.
Los grupos diseminados
De los que aturcidos andan
Buscando ignoradas sendas
Para salvar vida y Patria,
Son los que ayer en el *Tambo*,
Dejados de Dios . . . Más, cálla!
¿Qué sabe el mortal si aquesto
Que presume ser desgracia
Es un secreto designio
Que la Providencia guarda?

Son esos, que sin concierto
Así confundidos marchan,
Los mismos que en la *Cuchilla*
Del Tambo, desesperadas
A par que heroicas maniobras
Para vencer, emplearan
Contra Sámano y los jefes
De las huestes castellanas.

Los restos casi perdidos
Buscan salida a La Plata,
Y desorientados toman
El páramo de Guanacas,
Para llegar en seguida
Del Marañón a las aguas.
Mas todas las previsiones
Son inútiles y vanas
Para aquellos que, perdidos,
Pretenden en tierra extraña
Ir a buscar el refugio
Que en propio suelo no hallan . . .
¡Cuántos sacrificios cuestas
A tus hijos, bella Patria! . . .

II

Vienen con tales dispersos
Personas de gran valía
Por su alcurnia, y por la gloria
En las guerras adquirida;
Y aunque al presente atraviesan
Por esas sierras bravías,
Ellos no dejan por eso
De llevar la frente altiva,
Que es sólo de almas sin temple
Y cobardes medianías
Cejar ante los reveses
Que opone la suerte esquivá.

Forma parte de aquel grupo
Un joven lleno de vida,
Tan apuesto, como sabio
En leyes y teología,
Que era en el pintar correcto,

Y también en melodías
Musicales se expresaba
Como en tierna poesía.
Los españoles por burla
Estudiante le decían;
Burla que harto mal sentaba
A inteligencia tan rica.

Cargos y honores sin tasa
Recibió en su corta vida,
Que era apuesto el caballero
Y en su entendimiento había
Lo que no a todos concede
La Omnipotencia divina.

De General charreteras
Sobre sus hombros lucían,
Charreteras conquistadas
Con su valor en la lidia,
Porque al amor de la Patria
Consagró su bizarría.

El bravo París con ellos
Lleva la derrota misma
Que van siguiendo Torices
Y el denodado Mejía.
Mas no son ellos los únicos
Que aquel *páramo* transitan;
Que huyendo vienen de lejos
Del hispano la cuchilla,
Al lado de aquellos héroes,
Algunas nobles familias.

El joven, como galante,
Sus atenciones dedica
Con delicada finura

A una linda entre las lindas
De las damas que formaban
Parte de la comitiva.

Son tres hermanas, tres Gracias,
De las mujeres envidia;
Y de ellas la más hermosa
Al estudiante cautiva
Prendiendo en su alma una hoguera
Que la abrasa en llamas vivas.

Mas como todo en el mundo
A su fin siempre camina,
Llegó la suprema hora
De la triste despedida;
Que si unos van a La Plata,
Los otros distinta vía
Habrán de tomar, pensando
Salvar esperanza y vida.

“De Gabriel López” se llama
Aquel *tambo* en que se habían
Hospedado por la noche
Los jefes y las familias,
Desterrados y dispersos
En aquellos rudos días.

Con el alma desgarrada
A partir todos se alistan,
Y la triste cabalgata
A marchar se disponía,
Cuando --

“No me dejes!” dice
La más linda entre las lindas,
La que en sus ojos esconde
La radiante luz del día.

"Llévame! De ti no puedo
Separarme en esta vida!"

—"Cómo!" responde azorado
El estudiante a la niña:
"¿Sabes lo que es la campaña?
¿Sabes a qué te expondrías
Sin recursos y llevando
Existencia tan mezquina,
Tan llena de sinsabores
Y tan escasa de dichas?
¿Cómo quieres que te lleve,
Mi bien, en mi compañía
Por esas agrias montañas
Donde las fieras dominan,
Donde el salvaje escondido
Artero roba la vida;
Y más que todo, exponerte
A las corrientes bravías
Del Caquetá y Amazonas?
—"Nada, nada me intimida!"
Contesta la hermosa dama
Con voluntad decidida.
—"Pero ¿si el sagrado lazo
No nos une, gloria mía?"
—"Ya que mi afecto desprecias
Y mis lágrimas prolijas,
Líbrame del castellano
Que horror y espanto me inspira". . .
—"¿Consientes en ser mi esposa?"
—"¡Sí!" le contesta la niña;
Y apeándose con presteza,
Pide a sus padres sumisa
Le consientan el unirse
Al que es dueño de su dicha.

Llega el momento supremo
De sellar su unión bendita,
Ante la luz de la aurora
Que en la nieve apenas brilla.

¡Oh consorcio inesperado!
Es testigo de su hija
La propia madre, y del novio
El denonado Mejía.
El noble Padre Florido,
Que viene en la comitiva,
Con eco solemne y grave
Dice a *García Rovira*:
—“En nombre del cielo os hablo
Para que Dios os bendiga:
¿Aceptáis por vuestra esposa
A *Josefa Piedrahita*?
—“¡La acepto! “¿Y vos a *Custodio*?”
—“¡Lo acepto, sí, con la vida!”

¡Qué espectáculo tan bello
El que en el acto se admira!
Allí, la niebla revuelta
En lentos giros camina;
Allá las pampas inmensas
Con hielo y escarcha fijan
Del viajero las miradas,
Que, mudo, ante Dios se inclina;
Y más lejos los nevados
Silenciosos, se divisan
Tocando las altas cumbres
De la inmensidad tranquila.
El viento sólo se mueve,
Llevando en sus alas frías
La impresión con que entumece
Al que a su choque tiritita,

Y el murmurar del Ullucos
Que entre árboles se desliza
En la cañada medrosa,
Hasta dar en hondas simas,
Donde el buitre carnicero
Haciendo espirales gira . . .
Templo, testigos, cortejo,
La hora, todo cautiva
Por lo grandioso y solemne,
Y todo a pensar invita!

III

¡Cuán fugaces son las horas
Para el humano en la vida,
Y cómo el tiempo se burla
De sus locas fantasías,
Si no cuenta con el fallo
Del que al futuro domina! . . .

Rayo de sol en ocaso,
Lampo de luna escondida
Entre las nubes de invierno,
De los novios fue la dicha,
Que adelantando camino
Hacia La Plata, vencida
Fue la tropa de valientes
Por una fuerza enemiga;
Y presos sus jefes todos,
Céspedes, Nava, Mejía,
El mestizo Cañtor, Peña,
Y gentes nobles y ricas.
A Santafé los conducen,
Para saciar la no extinta
Sed de sangre de los siervos
De la hispana tiranía;

Y en "Huerta de Jaime" fueron
Fusilados, con la estigma
De traidores, por la espalda! . . .
¡Traidores los que su vida
A su Patria le ofrendaron
Y a la libertad benditas! . . .

En una escarpia colgado,
Como en señal de ignominia,
Está el joven, cuyas nupcias
Fueron por Dios bendecidas;
Y sobre su limpia frente
Dicen así negras cifras:
*"¡Por traidor fue fusilado
El Estudiante Rovira!"*

Así afrentar al patriota
Quiso el español un día
Pero en sus gloriosas páginas,
Austeras cuanto expresivas,
En la justiciera historia
Dicen letras que más brillan:

*"¡Por su Patria y por su Dama
Murió, García Rovira!"*

J. DAVID GUARIN

LA NOCHE DE CASACOIMA

(4 DE JULIO DE 1817)

¡Noche triste, ah! ¡noche triste,
La noche de Casacoima!
A *Bolívar* sorprendieron
Las falanges españolas:
Alzase esforzado, y lidia
Como lidia la leona
A quien quitan sus cachorros.
Sale con la espada rota,
Tinta en sangre, despojado
De la capa y de la gorra,
Y a pie, porque le mataron
El brioso corcel que monta.
Huye, y apenas le siguen
Lara y Arismendi, y otras
Pocas espadas, mas buenas,
Y entró en la selva medrosa,
Y en uno de los meandros
En que el gran río se encorva
Firmó el pie . . . ¡Qué triste noche,
La noche de Casacoima!

Negro está el cielo; no tanto
Son las funerarias tocas
De la frente de un cadáver;

No hay una luz en las combas
Profundidades del cielo
Que baje a alumbrar las olas.
Los vientos están callados,
No se mueve ni una hoja.
Y sólo de cuando en cuando
Se escuchan las congojosas
Quejas de los moribundos
Españoles y patriotas,
O un caballo que sin dueño
A todo escape galopa,
Y llega, y a la alta cresta
De una colina se asoma;
Pára un momento, relincha,
Y en la espesura se arroja
Volando . . . ¡Qué triste noche
La noche de Casacoima!

Como Mario, en los pantanos
De Minturno se halla ahora.
¿No vendrá tal vez un cimbrío
A cavarle aquí la fosa?
No, no teme; no desmaya,
No su espíritu se dobla
De adversidad a los golpes.
Al contrario, lo transporta
A otro tiempo, entre otros hombres,
A lidiar en otras zonas;
Y miró rasgarse el velo
Que lo porvenir arropa.

Vio, como en visión sublime
Y en comarcas bien remotas,
Hermosos campos bañados
De una luz esplendorosa,

En que las palmas del triunfo
Junto a los laureles brotan;
Y oyó el són de los clarines,
Y olió el humo de la pólvora:
Vio huestes que se atropellan
Por huír en la derrota,
Y jinetes despedidos
Que siguiéndolas galopan,
Y las alcanzan, las cercan,
Las rinden, las aprisionan;
Y entonces sonó en los aires
El grito de la victoria;
Y vio tiradas al suelo
Las banderas españolas.
No supo entonces el nombre
De esos campos de la gloria:—
Era Boyacá de pobres
Aguas, mas de voz sonora;
Era Pichincha que al cielo
Alza entre humo su ígnea copa;
Era de Junín el campo
Tinto todo en sangre goda.
Una espada y una lira
Harán grata su memoria,
Aunque para hacerla eterna
De ellas una está de sobra;
Eran dos grandes batallas,
Como quizá no hubo otras:—
Carabobo y Ayacucho
Que la epopeya coronan.
Vio del Potosí las cumbres
Que el sol con sus rayos dora,
Y en la cima flameando
La bandera de Colombia.

Volvió en sí, y en la tremenda
Realidad a hallarse torna.
Casi solo está; enemigos
Lo cercan a la redonda;
Su campamento lejano,
Sin nadie que lo socorra.
Aquí morirá, y con él
El alcázar se desploma
De sus grandes esperanzas
En una muerte ingloriosa;
Y la América de nuevo
A gemir en las mazmorras
Volverá de servidumbre. . . .
Esta desconsoladora
Idea, a *Bolívar* nunca
Se presentó: su alma heroica
Templada al fuego del cielo,
No se abate, no se asombra.
En medio de la tormenta
Divisa claras auroras,
Y en la canción del esclavo
Oye del triunfo las notas.

Agitado se pasea
En la soledad medrosa.
El viento zumba en las cañas
Del raudal de Casacoima,
El silencio es más profundo
Y la tiniebla más honda,
Más inminente el peligro,
Más congojosas las horas;
Y entre tanto en las tinieblas
Las aguas aúllan roncadas,
Batiendo fúnebremente
Con golpe airado la roca,

Y las espumas que saltan
Chispean sobre sus botas.
¡Noche triste, ah! ¡noche triste
La noche de Casacoima!

De pronto se pára y dice:
“Y este desastre, ¿qué importa?
Es una hoja de laurel
Que cae de mi corona,
Que mañana, sí, mañana
Yo reemplazaré con otras;
Que si me cercó la muerte,
No me alcanzó la deshonra.

“Desde aquí, del Orinoco,
A la tierra deleitosa
Iré de Cundinamarca
Con mis aguerridas tropas,
Cruzando de Casanare
Las sabanas y la inmota
Cordillera de los Andes,
Que el lomo del mundo forma,
En donde su trono tienen
Las tempestades sonoras.

“Yo libertaré a sus hijos
De esclavitud oprobiosa. —
¡Venezuela! ¡Oh dulce Patria!
De mi pecho amada sola,
¡Abre los brazos a tu hijo
Que triunfante hacia ti torna,
A romper, sobre la frente
De tu tirano, la argolla
De ignominia con que tanto
Tiempo hace que te aprisiona.

“A orillas del Orinoco,
Bajo la azulada bóveda,
Oyendo el rumor del río
Y el del aura juguetona
En los palmares; debajo
De su sombra protectora,
Se darán la mano un día
Los dos pueblos, y Colombia
Nacerá en la soledad,
Bien como la altiva Roma,
No en el palacio de Agripa,
Sino en la pajiza choza,
Para ser Reina del mundo
Y del orbe Emperadora.
Nada habrá que nos detenga,
Y marchando en triunfal pompa
Al Ecuador quitaremos
La coyunda que lo agobia.—
Yo llevaré mi caballo
Del Rímac a beber la onda;
Sobre las torres del Cuzco
Harán mis pendones sombra;
Y treparé al Chimborazo,
Y empañaré la alba alfombra
De eternos hielos que puso
Sobre él la mano creadora,
Dejando atrás las pisadas
De los viajeros de Europa.
Miraré desde esa altura,
Y contemplaré mi obra:
Pueblos esclavos ayer
Que hoy el himno santo entonan
De libertad, al rüido
De sus cadenas ya rotas!”

Dijo Bolívar: oyólo
Uno que a distancia corta
Estaba de él, y corriendo
Fue a contar lo que de boca
Oyó del Libertador: --
“Ahora sí se acabó toda
Nuestra esperanza, les dijo;
Está loco, y planes forja
De librar toda la América
De la coyunda española,
Cuando Dios sabe si vivos
Saldremos de Casacoima.”
Que entonces estaba loco,
Fue después patente cosa;
¡Mas loco de amor de Patria!
¡Mas loco de amor de Gloria!

JOSE JOAQUIN ORTIZ